

LA TARDE

Año I

Lorca 29 de Noviembre de 1905

Núm. 123

Los sucesos de Barcelona

Son la triste nota de actualidad y han puesto en conmoción á España entera. Son el resultado natural y lógico de la conducta que han seguido nuestros Gobiernos, permitiendo brotar y florecer las semillas de un separatismo criminal en la capital del antiguo Condado de Cataluña.

A raíz de nuestros desastres coloniales, se inició en Barcelona la idea menguada del separatismo. Las famosas conclusiones antropológicas del doctor Robert, el orgullo pedantesco de una supuesta superioridad de raza, pusieron en actividad á unos cuantos espíritus atrabiliarios, que hicieron del catalanismo una bandera contra la patria. Nuestros gobernantes lo consintieron; todavía más: lo halagaron, lo favorecieron neciamente. Todos recordamos las complacencias de Silvela, las inclinaciones de Polavieja, en aquella su ridícula tentativa de político, rápidamente frustrada, las adulaciones de Maura, y reciente está el nombramiento de Bosch y Alsina para la Alcaldía de Barcelona y las manifestaciones de este Alcalde en plena fiesta catalanista, consentidas por el Gobierno de Montero Ríos.

Predominante el partido republicano en toda Cataluña, y muy especialmente en Barcelona, nuestros estadistas monárquicos no encontraron medio mejor de oponerse á los avances arrolladores del republicanismo, que alentar, engreír y robustecer á los enemigos de la integridad nacional, encubiertos con la máscara del regionalismo autónomo. Y los frutos de tales sembraduras no podían ser otros que los que ahora comienzan á cosecharse. Únicamente con la lenidad gubernamental ha sido posible que tome cuerpo y brío un propósito tan malvado y absurdo como es el separatismo catalán.

Porque maldad demuestran y torpeza acreditan esos catalanes que reclaman para sí una excepción de privilegio. Precisamente Cataluña es en España la región privilegiada

por excelencia. Por Cataluña y para Cataluña principalmente están hechos nuestros aranceles, á cuyo amparo ha podido nacer y medrar la industria catalana, que de otro modo no existiría. Todos los conflictos de interés opuesto á la industria, aunque se tratara del mismo interés de la agricultura, tan importante en nuestra Nación, en pró de la industria se han resuelto generalmente, para favor y provecho del Principado.

¿De qué puede quejarse, pues, Cataluña? ¿De que se rige mal á España? ¿De que nuestros Gobiernos son ineptos? ¿De que nuestro sistema de administración es pésimo? ¿De que el Estado español, lejos de favorecer y estimular las energías nacionales, las ahoga y las aniquila? ¡Ah! De eso nos quejamos en todas las regiones, de eso nos dolemos la mayoría inmensa de los hijos de España, y sin embargo ninguno hemos pensado en romper los sagrados vínculos de la patria.

Hemos pensado, sí, lo que la razón dicta, lo que el buen sentido aconseja: remover esos Gobiernos, cambiar radicalmente el régimen de España, derribar un Estado vetusto y asolador, reemplazándolo con otro Estado á la moderna, apto, renovador, moral y fuerte, que regule la vida nacional, impulsándola por derroteros de engrandecimiento. Queremos una transformación total en el orden político; pero la queremos por todos y para todos, sin las ruinas y estrechas miras egoístas de ese catalanismo que sólo pide y quiere para sí.

El conflicto, según las últimas noticias, se agrava y adquiere caracteres alarmantes. Según parece, en Barcelona se han relajado todos los órdenes de disciplina, y se hallan las pasiones en choque, sueltas y libres, en una situación de verdadera anarquía. Se tendrá que imponer la fuerza; pero más valiera que á su tiempo se hubiera impuesto la razón.

La sangre que se derrame era de todo punto innecesaria, con sólo que la más vulgar previsión y la más usual prudencia hubieran inspirado la acción de nuestros Gobiernos. Esa sangre será un nuevo y

afrentoso borrón en la historia de la monarquía española.

El clamor

No es un deseo inmoderado, no es una aspiración injustificada, no es una esperanza legítima, no es un grito más ó menos potente, es un clamoreo general, que llega á todas partes, que á todas horas se escucha, que vibra en todos los oídos, que brota de todos los pechos, que repercute en todas las conciencias honradas.

Es mucho más aún; es un alarido formidable que viene de abajo, con vibraciones de angustia, de desesperación, de ira, de cólera; alarido que infunde piedad porque lo arranca el dolor; espanto porque lo provoca la injusticia; simpatía, porque lo produce la humanidad entera, con contadas excepciones.

Es la inmensa protesta de esa parte de humanidad, pisoteada por la otra; son los sin ventura los explotados, los hambrientos, que gritan encarándose con los hartos, con los explotadores, con los poderosos: «Basta de martirio; no podemos ni querernos sufrirlos más: ¡Abajo los consueños!»

Es la exclamación sublime, el ¡ay! que desahoga el pecho, el quejido arrancado por la tortura, tanto tiempo sufrida, con la voluntad firme de rebelarse contra el verdugo.

Y estos rumores, estos gritos que gustosa mente ahogarían los reclamados, porque viene de abajo, con una mordaza de sangre, se ven obligados á escucharlos: no; disfrazan su impotencia con un gesto bondadoso y aparentan escucharlos. Tienen la convicción de no poder callarlos.

A un hombre solo, á una veintena, á un centenar, á un millar, se les obliga á callar con cargas de policía y paseos militares.

Si se resisten, unas cuantas salvas de plomo y un número mayor de prisiones, los acobardan. Pero á una humanidad escarnecida que solloza, á una humanidad indignada que ruge, ni se la puede enmudecer ni se la puede acobardar, precisa oírlos.

Hay que escucharla y pararse an-

te ella; hay que detenerse y concederle lo que pide, hay que ser, si quiera una sola vez y á la fuerza, humanos; hay que tener presente aun en contra de la voluntad, que es la que paga y manda; hay que considerar, que el grito, el alarido, es lo mismo en el Norte que en el Sur, en el Este que en el Oeste y en todas partes.

Lo mismo lo produce, el labriego desde su terruño, donde tostado por el sol y endurecido por el frío, hace producir inmensos montones de riquezas á la tierra, que no es suya, por un miserable salario, el obrero de la fábrica, que regula sus pasos y sus miradas, convirtiéndose en automática, á los movimientos de las máquinas; el de la vivienda humilde, donde un hombre vierte sobre el papel pedazos de su alma, briznas de su cerebro, por sarcástica é irrisoria cantidad; el de la mina donde se entierra vivos á los seres humanos, para que arranquen, con la muerte por compañera, riquezas sobre riquezas, que endiosan y encubren al que le explota y le envilece y vilipendia; en los grandes centros productores, donde se roba su infancia al niño, al mozo su juventud, su descanso al viejo, á la hembra su hermosura; en el taller, donde el ingenio del artista ha de estar sujeto á las voluntades y límites del maestro, y donde se regatea el sudor de los operarios; en el tugurio canallesco, donde la mujer vende su carne para comprar con que llenar su estómago; en todas partes igual, en todas partes con los mismos bríos, a todas horas y en todo tiempo. «¡No queremos sufrirlos más! — ¡Abajo los consumos!»

No, no es posible esta desigualdad infame; es preciso suprimirla, abolirla: no nos negamos á cumplir nuestros deberes sociales, no nos oponemos á sostener las cargas del Estado, pero si nos oponemos á hacerlo desproporcionadamente, á pagar siendo solo nuestros el trabajo, la miseria, las privaciones, la ignorancia, el abandono, el peso todo de la ley, más, mucho más que los que disfrutaban de las riquezas, de las satisfacciones, de la instrucción, de la ventura, de la buena vida.

¿Creéis que podemos sufrirlo más tiempo? ¿Pensáis que esto puede se-